

El libro del profeta Jonás

Henri ROSSIER

biblicom.org

Índice

1 - Prólogo	3
2 -Capítulo 1: El Testigo	4
3 - Capítulo 2: El Profeta	8
4 - Capítulo 3: Las naciones	12
5 - Capítulo 4: Israel	15
6 - Capítulo 5: El Remanente	16
7 - Capítulo 6: Cristo	21
8 - Capítulo 7: Dios	23

1 - Prólogo

El libro de Jonás no contiene ninguna profecía propiamente dicha, o más bien contiene solo una, que no se cumplió debido al arrepentimiento de los habitantes de Nínive. 100 años más tarde, otro profeta, Nahúm, pronunció de nuevo el juicio, antes suspendido, sobre esta gran ciudad, juicio que no se ejecutó hasta aproximadamente un siglo después.

Por lo demás, no es en la sentencia de Nínive donde hay que buscar la enseñanza principal del libro de Jonás. Lo que nos presenta, de principio a fin, es *la propia persona del profeta*. Esta circunstancia, unida al hecho notable de que el libro de Jonás nos habla de los caminos de Dios en su gracia *hacia las naciones*, le asigna un lugar único entre los profetas del Antiguo Testamento. En cuanto a Jonás, se puede decir que él mismo es la *profecía en acción*. Es un *hombre-signo* y también un *hombre-tipo*. Vemos en él, en primer lugar, la imagen de su pueblo rechazado, sumido en la angustia, y luego resurgido de las profundidades del abismo. Pero su historia no se limita solo a eso. En la persona de Jonás, el testigo que se alejó de Dios, el profeta orgulloso, el pueblo culpable y el Remanente arrepentido desfilaron sucesivamente –y a menudo juntos– ante nuestros ojos, atravesando el escenario de las naciones; pero, además, un personaje misterioso, «uno más grande que Jonás», entra y sale resucitado para la liberación del pueblo de Dios. Por último, como punto culminante de este maravilloso relato, encontramos una revelación de Dios mismo; llegamos a conocer su Providencia, su santidad, su justicia en el juicio, su gran paciencia, su gracia ilimitada, la última palabra de todos sus caminos hacia el hombre, hacia Israel y hacia las naciones.

Lo que acabamos de decir explica nuestra división del tema en 7 capítulos titulados:

- El Testigo
- El Profeta
- Las Naciones
- El pueblo de Israel
- El Remanente
- Cristo
- Dios

2 -Capítulo 1: El Testigo

Entre el hombre pecador, que se ha convertido en tal por la caída, y el hombre santo, que se ha convertido en tal por la fe en el Salvador y en virtud de la redención, existe una diferencia inmensa.

Existe una diferencia enorme entre el hombre pecador que se ha convertido como tal, y el hombre santo que se ha convertido por la fe en el Salvador y en virtud de la redención.

Adán, inocente y responsable, antes de la caída, de permanecer en la dependencia de Dios, sigue siendo responsable tras haber perdido por la caída su inocencia y su dependencia, pero ha adquirido, como pecador, el conocimiento del bien y del mal, es decir, una conciencia que le juzga. Esta conciencia lo hace inexcusable y lo condena. Conoce el bien y el mal, pero, ¡por desgracia!, a él, hombre pecador y responsable, solo le queda la incapacidad absoluta para hacer el bien y la voluntad de hacer el mal.

Muy diferente es el creyente, el hombre santo, *el testigo de Dios* en este mundo. Si bien tiene en sí la carne, la naturaleza pecadora del primer Adán, ha recibido por la fe una naturaleza nueva, la vida divina, el Espíritu de Dios –poder de esa vida– y la capacidad de hacer el bien y resistir al mal. Esto le hace, sin duda, doblemente responsable. Su conciencia le advierte del bien y del mal; solo tiene una alternativa: obedecer a la guía del Espíritu Santo y a la nueva vida que posee, u obedecer a la carne que hay en él. Por lo tanto, si es doblemente responsable, también es doblemente inexcusable que peque, pues el poder del Espíritu y del hombre nuevo está a su alcance, 1.000 veces superior al de la carne y del viejo hombre.

Las consecuencias del pecado son diferentes para el hombre pecador que camina *según* la carne, y para el creyente, si camina *según* la carne, a pesar de que posee el poder de caminar según el Espíritu. El pecador no puede esperar más que la muerte y el juicio; el santo, si peca, se enfrenta al castigo o a la disciplina de Dios que se ejercen sobre él, sobre todos los creyentes, para que no sean «condenados con el mundo» (1 Cor. 11:32).

Tal era el caso de Jonás. Era un creyente, un santo; tenía la vida de Dios; estaba en comunión con Dios; se le había confiado un testimonio; pero, ante un mandamiento de Jehová, se dejó desviar por la voluntad de la carne, que es enemistad contra Dios. Aunque era un creyente y un testigo, no actuó *mejor* que Adán, engañado por Satanás; desobedeció un mandato formal de Dios. Su caso es incluso peor que el

de Adán, inocente y seducido por el diablo, ya que, por la fe, tenía la capacidad de elegir el bien y rechazar el mal y la seducción.

Adán desobedeció a Dios y tuvo la osadía de excusarse ([Gén. 3:12](#)); Jonás desobedeció a Dios y se atrevió a darle un motivo ([Jonás 4:2](#)); pero ninguna excusa, ningún motivo es válido ante Dios para desobedecerle; el motivo de un santo, y mucho menos aún el del primer Adán; pues, desde el comienzo de su vida espiritual, un santo posee *la obediencia de la fe* por la cual es salvo ([Rom. 1:5](#)); y desde el primer paso de su camino es santificado por el Espíritu Santo, para *la obediencia de Jesucristo* ([1 Pe. 1:2](#)), es decir, para obedecer como Él.

Tanto para Jonás como para Adán, la primera consecuencia de la desobediencia es la misma. Adán huye de la presencia de Dios, que lo busca, y se esconde entre los árboles del jardín; Jonás se levanta para huir a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová (1:3). ¿Cuál de estos actos es peor que el otro? Sin duda el segundo, pues Jonás es un santo que mantiene una relación habitual e íntima con Dios: huir de su mejor amigo para eludir la obligación de responder a su deseo, ¡qué ultraje supone un acto así para aquel que nos ama! Pero, allí donde Adán y Jonás fallaron, un hombre se mantiene firme y se mantiene en pie, un hombre que ni siquiera necesitaba un mandamiento expreso para obedecer, aunque también guardaba todos los mandamientos de su Padre ([Juan 15:10](#)), un hombre que se adelantaba a su voluntad, sin que Dios se lo pidiera. «Vengo... para hacer *tu* voluntad» ([Hebr. 10:7](#)). Esto es algo aún más que la obediencia; es una voluntad que se funde y se absorbe en la voluntad de otro, se identifica con ella y se nutre de ella: «Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y acabar su obra» ([Juan 4:34](#)).

La segunda consecuencia de la desobediencia de Adán no se hace esperar. Quiera o no, debe presentarse, en su desnudez, ante la presencia de Aquel de quien huía, y escuchar el veredicto de su sentencia. Esta es irrevocable, pero, a pesar de todo, la gracia puede remediarla. Adán se presenta ante Dios *antes* de que se *ejecute* la sentencia, y eso lo salva. Encuentra recursos en Dios, que tiene vestiduras de justicia para él y para su mujer. Jonás, por su culpa, atrae sobre sí *un castigo infinitamente más penoso que el del primer Adán*. Es necesario que los hijos de Dios recuerden este hecho, lo sopesen y lo mediten. Sigamos, pues, por un momento a este hombre de Dios en su viaje a Tarsis, donde vive experiencias tan crueles. He aquí que paga el precio de «su pasaje» (1:3), cumpliendo con sus obligaciones para con los hombres, cuando ha incumplido su primer deber para con Dios. Observemos que el cumplimiento de esos deberes tiene como resultado aumentar aún más la distancia que separa a Jonás de Jehová.

A menudo ocurre así: uno “cumple con su deber”, aunque esté animado por un espíritu de rebelión; y, al cumplir ciertas obligaciones, se oculta a sí mismo una obligación mucho mayor, la de obedecer a Dios. Se obedecen los deberes familiares y sociales, de la ciudad y de la nación, muy respetables por otra parte, se saldan las deudas y se desobedece la orden formal de Dios. Ahora bien, esa orden es *dar testimonio* de Él. Jonás estaba llamado a ser testigo de Dios ante el mundo. Un testimonio de Cristo es, en efecto, lo que Dios busca en medio de un mundo de pecado y alejamiento de él, de un mundo que corre hacia el juicio. Este es uno de los puntos importantes del libro de Jonás. El mundo está condenado, pero, antes de que se ejecute la sentencia, Dios quiere que los suyos den testimonio de su justicia, para que se produzca el arrepentimiento en los corazones y él pueda conceder su gracia.

En otro tiempo había confiado ese testimonio a Israel, su pueblo; pero, al haberle desobedecido, Dios lo pone en manos de la Iglesia. La Iglesia abandona la verdad y se convierte en la cristiandad apóstata, tema que, por lo demás, el Antiguo Testamento no aborda. Por fin, un «Remanente» judío se convierte en el futuro testigo fiel de Jehová ante las naciones, algo que, en el pasado, ni el pueblo ni sus líderes habían sabido ser jamás. El libro de Jonás nos habla de este «Remanente» de manera misteriosa, como veremos más adelante.

Pero volvamos a Jonás, como representante de los santos, testigos de Dios en este mundo. Para que su desobediencia no conduzca, como la del hombre pecador, al juicio final, es necesario que sea detenido en el camino que lo aleja cada vez más de Dios. La Palabra nos dice: «Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave» (1:4). Esto no es más que el comienzo del castigo de Dios sobre su siervo, pero este castigo inaugura, como veremos más adelante, Sus caminos de gracia hacia las naciones. Ahora bien, durante la tormenta, Jonás, tumbado en el fondo de la nave, «*se había echado a dormir*» (1:5).

A menudo, las circunstancias más amenazantes no llegan a la conciencia de los hijos de Dios. Ni la tormenta ni la angustia de los marineros conmueven a Jonás. No comprende que está pasando personalmente por el juicio del Dios al que ha ofendido, y no está lleno de temor. Es la indiferencia de una conciencia adormecida. Cuando se trata del hombre pecador y de su estado moral, siempre duerme. Un hijo de las tinieblas y de la noche, duerme (1 Tes. 5:4, 7); pero que un Jonás, un hijo de la luz, duerma, es mucho más grave, y el caso es, ¡por desgracia!, demasiado frecuente. Los discípulos dormían ante los *sufrimientos* de su Salvador en Getsemaní; dormían ante su *gloria* en el Monte santo; el discípulo Jonás duerme ante el *juicio* que se

abate sobre el mundo, sin darse cuenta de que ese juicio le está destinado a él.

Muchas veces, desde que una guerra atroz asola a las naciones, nos hemos preguntado si los santos se despertarían al pensar que esta tormenta les está destinada en primer lugar a ellos. Sin duda, Dios, que es rico en recursos, se sirve, como veremos, de una calamidad para alcanzar otros fines y cumplir otros designios, pero no olvidemos que, en el caso de Jonás, el primer objetivo era hablar a la conciencia del siervo de Dios.

A menudo, para nuestra vergüenza y nuestra confusión, tiene que ser *el mundo* el que nos despierte: «¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá él tendrá compasión de nosotros, y no pereceremos», dice el capitán de los remeros (1:6). “Vosotros, siervos de Dios –dice–, no pensáis en los que perecen; ¿estáis acaso adormecidos en vuestro egoísmo? Nosotros trabajamos, nos esforzamos, sacrificamos todo lo que tenemos; toda nuestra carga se hunde en esta tormenta. ¿Qué hacéis vosotros? ¿Oráis, suplicáis a vuestro Dios? Nosotros, al menos, gritamos, ¡cada uno a su dios! ¿No es cierto que el mundo tiene a menudo derecho a reprender así a los hijos de Dios, porque no han comprendido que este juicio recae sobre ellos?

Dios busca a Jonás, el testigo, igual que en otro tiempo buscó a Adán, el pecador. El «patrón de la nave» es la voz de Dios que en otro tiempo le decía a Adán: «¿Dónde estás?». Pero aquí, en lo que supone la primera humillación para Jonás, el mundo es el instrumento mediante el cual Dios le recuerda que está perdido. Jehová respondió por medio del azar a esos seres ignorantes, pero sinceros, que no conocían al Dios al que se dirigían, y les reveló que se trataba de su testigo. Segunda humillación para Jonás: él, que es judío, no recibe ninguna comunicación directa de Dios. Es más, como última humillación, es de nuevo el mundo el que le dice a Jonás: «¿Qué tienes?» (1:10). Antaño, el propio Dios le había dicho a Eva: «¿Qué es lo que has hecho?» ([Gén. 3:13](#)). ¡El mundo se convierte ahora en juez de los actos de un testigo del Señor! ¡Cómo! Tú mismo confesabas que «temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra» (1:9), ¡y huías de su presencia! ¡Culpa de locura! ¡La conciencia de estos paganos es más recta, menos adormecida, que la de Jonás! Pero al final, esta última se ve afectada. Jonás reconoce la plena justicia del juicio de Dios: «Tomadme y echadme al mar» (1:12). Sabe que merece ser arrojado al abismo y así lo declara. Habrá salvación para vosotros –les dice a los marineros– pero yo me he ganado la muerte. Recibe, como Adán, la sentencia de muerte, pero, en el caso de Jonás, se ejecuta *en ese mismo instante*. Así ocurre con nosotros: “Estoy muerto”. “Me considero muerto”. «Con Cristo estoy crucificado» ([Gál. 2:20](#)). Sí, mi juicio es justo y doy testimonio de ello, ¡pero encuentro a Cristo en lo más profundo de las

aguas, identificándose conmigo en el juicio, para liberarme!

Dios interviene, en efecto, ¿y cómo no iba a hacerlo? Otro, semejante a Jonás, ha ocupado su lugar en las entrañas del pez. Es allí donde, bajo la disciplina y en lo más profundo de la aflicción, el testigo culpable recupera la dependencia que había perdido tan insensatamente: *ora* (2:2). Nunca se habría atrevido a desobedecer si, mediante la oración, hubiera permanecido en la dependencia. El abandono de la dependencia había perdido al primer Adán; aquí, el testigo de Dios debe volver a aprenderla como algo completamente nuevo. A esta restauración, Dios solo puede responder con la liberación. Jonás reconoce que esta bendición se debe *únicamente a la gracia* de Dios: «La salvación es de Jehová» (2:10). De ella habla Eliú en el libro de Job: «Él mira sobre los hombres; y al que dijere: Pequé, y pervertí lo recto, y no me ha aprovechado, Dios *redimirá su alma para que no pase al sepulcro, y su vida se verá en luz*» (Job 33:27-28). Tal es, pues, el fruto de la disciplina para el testigo del Señor: un juicio completo de uno mismo, un conocimiento profundo de la gracia. A partir de ahora, Jonás ya no huirá para escapar de Jehová.

3 - Capítulo 2: El Profeta

Antes de recibir la orden de dirigirse a Nínive, a Jonás se le había encomendado una misión profética en Israel [1]. Este acontecimiento tuvo lugar bajo el reinado de Jeroboam 2, o poco antes de que dicho rey accediera al trono. En 2 Reyes 14:25 se dice que Jeroboam «Él restauró los límites de Israel desde la entrada de Hamat hasta el mar del Arabá, conforme a la palabra de Jehová Dios de Israel, la cual él había hablado por su siervo Jonás hijo de Amitai, profeta que fue de Gat-hefer». Oseas, Amós, y sin duda también Jonás, conocían la triste situación de las 10 tribus y de la realeza en Israel. ¡Con qué indignación denunciaban los 2 primeros los pecados de ese pueblo y de sus dirigentes, anunciando el juicio que les esperaba a unos y a otros! Sin embargo, Jehová había visto que «la muy amarga aflicción de Israel; que no había siervo ni libre, ni quien diese ayuda a Israel; y Jehová no había determinado rair el nombre de Israel de debajo del cielo; por tanto, los salvó por mano de Jeroboam hijo de Joás» (2 Reyes 14:26-27). En otro pasaje se dice: «Dio Jehová salvador a Israel» y salieron de bajo el yugo del rey de Siria (13:5). Así pues, mientras que los demás profetas anunciaban los juicios de Dios sobre Israel, Jonás fue llamado a anunciar una liberación momentánea por medio de un *salvador* suscitado para ese fin (independientemente, por lo demás, de su carácter).

[1] Decimos «antes», porque la palabra «Y», con la que comienzan tanto el libro de Jonás como otros libros del Antiguo Testamento (Josué, Rut, 1 Samuel, Ezequiel), nos parece que siempre está relacionada con hechos **anteriores**, aunque sean más o menos inmediatos.

Se restableció la frontera de Israel; se reconquistó Hamat, principal barrera contra los enemigos que venían del norte. Jonás había sido elegido para proclamar estas *misericordias* de Dios, en los días en que Israel gemía bajo el terrible yugo del rey de Siria. Un profeta que anunciara únicamente la liberación era un fenómeno, si no único, al menos muy poco común en Israel. Cuando fue enviado a Nínive, Jonás conocía, pues, a Jehová (y así lo expresa más tarde), como un Dios que concede gracia y es misericordioso, lento para la ira y grande en bondad, y que se arrepiente del mal con el que ha amenazado (4:2). Cuando se trataba de Israel, Jonás no había dudado en anunciar la liberación de su pueblo. Su corazón se regocijaba y su patriotismo encontraba en ello su satisfacción, pero, en su orgullo espiritual, no podía aceptar una misión única y especial hacia las naciones, como había sido anteriormente su misión en Israel. Aún se podría pasar por alto si hubiera estado seguro de que la amenaza de destrucción de Nínive se cumpliría, pero ya había experimentado el carácter misericordioso de Jehová, tal y como, por lo demás, se había revelado antaño a Moisés: «¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado» (Éx. 34:6-7). Estaba dispuesto a reconocer una gracia –moderada, por lo demás, por la Ley– hacia su nación, pero no podía aceptarla cuando se trataba de *las naciones idólatras*. Dios ¿no les había concedido la Ley; cómo admitir que se les otorgara libremente la gracia?

Pero otro motivo, y quizá el más importante, empujaba al profeta a desobedecer: Jonás pensaba en *sí mismo*. Esto se aprecia en toda su conducta, en los capítulos 3 y 4. Iba a proclamar en Nínive: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida» (v. 4). Pero ¿y si eso no ocurriera? ¿Y si Dios se arrepintiera de su amenaza? ¿Qué sería entonces de su prestigio como profeta? ¡La misericordia de Dios supondría el derrumbe de su propia autoridad y dignidad! A Jonás no se le pasa ni por un instante por la cabeza que Nínive pueda arrepentirse y, con ello, cambiar el curso de los designios de Dios respecto a ella. Sin embargo, otros profetas, y más tarde el más grande de ellos, Juan el Bautista, predicaron el juicio y el arrepentimiento. Jonás ni siquiera aspiraba a una misión semejante. Lo que quería salvaguardar era su reputación, su dignidad, su autoridad como profeta. ¿Qué sería de todos sus atributos si

lo que había anunciado no se cumpliera? Cuando había proclamado de antemano la reconquista de Hamat, su palabra le había dado credibilidad ante su pueblo; ahora quería que el anuncio del juicio le diera credibilidad ante las naciones. ¡Qué triste es el egoísmo del hombre!; ¡pero aún más triste, el egoísmo de un profeta!

Por eso Jonás huye y sufre el castigo por ese acto de desobediencia. Cuántas vocaciones cristianas se han visto estériles por la propia voluntad de los siervos de Dios, cualesquiera que hayan sido, por lo demás, sus motivos. “Dios quiere enviarme a Nínive; yo prefiero irme a Tarsis en España”. Hoy en día, esto se ha arraigado tanto en las costumbres de los discípulos del Señor, que consideran que una desobediencia semejante es algo totalmente natural. Uno se embarca en el barco que le aleja del propósito de Dios, y hace algo peor que Jonás, pues adorna esa desobediencia con el nombre de misión divina y de obediencia a la guía del Espíritu. Jonás era, en cierto sentido, menos culpable que aquellos de quienes hablamos, pues no temía declarar que huía de la presencia de Jehová (1:10). En otro sentido, era más culpable que ellos, pues *sabía* que, al huir, estaba haciendo su propia voluntad. En su caso, a menudo se trata de pura ignorancia, por lo que se les exime de la disciplina, mientras que el siervo que «supo la voluntad de su señor... y no hizo según su voluntad, recibirá muchos azotes» (Lucas 12:47). ¡Quiera Dios que los siervos o evangelistas que ignoran lo que es realmente un llamado de Dios, sean sinceros ante Él y no tranquilicen su conciencia llamando “obediencia” a lo que es exactamente lo contrario!

Al final del capítulo 2, Jonás parecía haber aprendido, como *testigo*, su lección bajo el yugo de la disciplina, pues el pez lo había vomitado en tierra firme y el antiguo Jonás, tan parecido, ay, al antiguo Adán, se había convertido, en apariencia, en un Jonás resucitado; pero, como *profeta*, está lejos de haber aprendido toda su lección, una lección que, según parece por este relato, resulta muy difícil de aprender. Sin duda, bajo el castigo había descubierto que era duro resistirse a los agujones y que, costara lo que costara, *había que obedecer*. Por eso, ante la segunda orden, no se negó a hacer lo que Jehová le mandaba: «Se levantó Jonás, y fue a Nínive conforme a la palabra de Jehová» (3:3). Pero ¿cómo y con qué espíritu obedeció? Como un judío obedecía bajo la Ley, con un espíritu de orgullo nacional y de justicia propia, pensando que Dios *debía* juzgar a las naciones que carecían de derechos de ciudadanía en Israel, ajenas a los pactos de la promesa y sin Dios en el mundo (Efe. 2:12). Jonás tendrá que aprender que la última palabra de un profeta no es el juicio: por muy seguro que esté, aún queda esperanza mientras no se ejecute la sentencia. Dios había dicho: «De aquí a cuarenta días». Pero en el pasado no había hecho falta más para que el juicio fuera apartado, en virtud de la intercesión de Moisés (Éx. 34:28; 24:18); ni,

más tarde, para que todas las artimañas de Satanás fueran frustradas, en virtud de la obediencia de Cristo (**Lucas 4:2**). La *última palabra* de la profecía es *la gracia y la gloria*, y eso era algo de lo que Jonás no tenía la menor idea. Su corazón era legalista, orgulloso, duro, y se complacía en el juicio. Él, a quien ese mismo juicio acababa de alcanzar, debería haber conocido la gracia, no solo por haberla anunciado en otro tiempo, sino por haber sido él mismo objeto de ella. ¿Qué es, pues, la dureza del corazón del hombre, si vemos latir ese mismo corazón bajo el manto de un profeta? ¡Ah!, ¡qué humillante es pensar que nos cuesta tanto aprender esta lección!

La profecía de Jonás produce un efecto considerable en la conciencia de los habitantes de Nínive. El objetivo de Dios se había alcanzado, pues, si da a conocer sus juicios, es para que las almas se conviertan y vuelvan a Él. Entonces puede revelarse el corazón del Dios de la gracia. Pero, cuando se proclama la gracia, el orgullo y la justicia propia del profeta dan paso a una irritación sorda. De hecho, esto es lo que siempre ha caracterizado a los judíos. Se irritaban al ver que se anunciaba la salvación a las naciones, y no podían soportar que se les colocara al mismo nivel que ellas ante el juicio. Jonás recuerda al hermano mayor del hijo pródigo, que se enfadó con su padre y se negó a entrar, porque su hermano era objeto de gracia y motivo de gozo. Al igual que el padre de la parábola, Dios reprende a Jonás –¡con qué paciencia!– pero finalmente lo abandona a su obstinación, en la cabaña que se había construido, privado de su calabacera y bajo el ardor del sol. *La historia termina ahí*; pero, aunque no sepamos qué cambio se produjo en el corazón del profeta, sabemos que la gracia de Jehová no ha cambiado hasta hoy para con las naciones, y somos felices testigos de ello.

La primera parte de la historia de Jonás muestra, en el corazón del profeta, más gracia que la segunda. Así ocurre a menudo en la trayectoria de los siervos de Dios. A medida que aumenta su legítima importancia, también crece su satisfacción de sí mismos, lo que desemboca en un desacuerdo con los pensamientos de Dios que los hace inadecuados para su servicio. Cuántos de ellos quedan ahí, como Jonás, con una carrera truncada, por haber caminado en la satisfacción de sí mismos, en lugar de progresar en el conocimiento de la gracia. En el capítulo 1, la disciplina que sufre el profeta está llena de enseñanzas para él. Reconoce, con dolor, que él, profeta de Jehová, es la causa del juicio que cae sobre sus compañeros y su barco (1:12); acepta, como legítimo, el juicio que le afecta a él mismo y anuncia que su rechazo se convertirá en la liberación de las naciones. ¡Cuánto habría valido la pena ver cómo esta humillación daba sus frutos en la segunda parte de la historia del profeta!

Recibamos enseñanza de todo esto y, sobre todo, no empecemos por donde empezó

Jonás. No evitemos la presencia de Dios; caminemos en la luz; digámosle: “Exámíname y conóceme”. Así evitaremos más de un castigo doloroso. Dios no nos envía al mundo como profetas, sino que nos confía una misión como siervos. ¡No cumplirla fielmente sería, como Jonás, dar la espalda a Dios!

4 - Capítulo 3: Las naciones

Su situación está representada por Nínive, que es como un reflejo de la condición moral de los gentiles a los ojos de Dios. «Levántate –le dice Jehová a Jonás– «ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí» (1:2). La maldad, la ausencia total del bien, eso es lo que los caracterizaba a los ojos del Dios santo. Su paciencia había soportado durante mucho tiempo esa maldad y esta había aprovechado la ocasión para desarrollarse hasta sus límites extremos, por lo que a Nínive solo le quedaba el juicio, a menos que hubiera por parte de Dios algún recurso o algún medio de salvación. Pero ¿quién podía anunciarlo? El profeta Jonás, que aquí representa al pueblo de Israel, se encontraba bajo el mismo juicio. Se había mostrado desobediente, rebelde ante Dios, y no podía esperar de él más que la condenación. Otro profeta, Isaías, que representa a un remanente fiel en Israel, se presentó más tarde ante Dios y no intentó huir de su presencia (Is. 6). Antes de ser enviado, reconoció su impureza y fue purificado por el carbón ardiente que había consumido el holocausto. Entonces Jehová dijo: «¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?». Y el profeta respondió: «Heme aquí, envíame a mí». Dios lo envía a Israel para anunciarle el juicio que va a sobrevenirle y la gracia que salvará a un «Remanente». Jonás, lejos de presentarse ante Dios, huye de su presencia para *no* ser enviado a las naciones. Sin embargo, son precisamente ellas a las que Dios quería salvar, y Jonás era muy consciente de ello.

Los marineros son una *muestra de todas las naciones*, embarcados en un barco que, cada vez más, lo aleja de Dios. *Cada uno clamaba a «su dios»* (1:5), pero, ante la tormenta que amenaza con engullirlos, se dan cuenta de lo que valen esos ídolos mudos que no les responden. «¿Quizá» el Dios de Jonás se acordará de ellos y no perecerán? (1:6). Pero ¿cuál es la causa de su angustia? La ignorancia de su propia condición los lleva a atribuir esta desgracia a otro, tal vez a uno de ellos: «Venid y echemos suertes, para que sepamos *por causa de quién* nos ha venido este mal» (1:7). Al no conocer a Dios, recurren a un poder que les es desconocido, la suerte, para obtener respuesta. Aquí vemos la ignorancia del corazón natural del hombre, sin

conocimiento de *sí mismo*, sin conocimiento de *Dios*; los 2 grandes temas en los que se resume toda la revelación les son desconocidos. Están ciegos, pero Dios, en su gracia, les responde poniéndose al nivel de su inteligencia; la suerte habla y señala a Jonás. Jonás, a pesar del juicio que le alcanza, a pesar de su huida lejos de Dios que les había declarado anteriormente (1:10), da testimonio del carácter de Dios, según lo que su inteligencia oscurecida podía comprender: «Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra» (1:9). El testimonio de la fe de Israel en un único Dios Creador recuerda a las naciones lo que Dios les había revelado mediante sus obras, de modo que no tienen excusa (Rom. 1:20). La predicación de Pablo a los atenienses (Hec. 27) no tiene otro carácter.

Esos pobres e ignorantes gentiles pronuncian 3 frases: La primera: «Declaranos ahora por qué» nos ha sobrevenido este mal (1:8), Dios respondió con el destino, pero utilizando a Israel –objeto de su juicio– para llevar la luz a las naciones, pues, como se dice: «La salvación es de los judíos» (Juan 4:22). A la segunda pregunta: «¿Por qué has hecho esto?», Jonás ya había respondido de antemano, de modo que esos gentiles no podían equivocarse: Jonás huía «de la presencia de Jehová, pues él se lo había declarado» (1:10). Por eso son ellos quienes reprenden al profeta: “¡Dices que *temes* a Dios y no temes desobedecerle! ¡Cuántas veces los judíos, para su vergüenza, se han visto sometidos al yugo de las naciones, como los cristianos hoy en día, bajo el del mundo!”. Su tercera pregunta es: «¿Qué haremos contigo?» (1:11). La confianza en la Palabra de Jehová nace en su corazón y, en lugar de apartarse de Israel, siervo infiel, comprenden que solo su representante puede informarles de la voluntad de Jehová. Jonás reconoce que su infidelidad es la causa de las dispensaciones de Dios hacia las naciones; dice: «*Sé*» (verdadera expresión de un corazón que conoce a Dios) «que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros» (1:12). «Tomadme y echadme al mar». Así, el rechazo de Israel es la reconciliación del mundo (Rom. 11:15).

Estos hombres dudan en cumplir la orden del profeta y agotan todos los recursos antes de obedecerla, pero no pueden lograrlo, pues «el mar se iba embraveciendo más y más» (1:13). Para que se salven, se necesita *una víctima*; de lo contrario, el juicio los engullirá. Más adelante veremos quién es esa víctima, pero lo que nos ocupa aquí es Jonás, como tipo de Israel rechazado. Una vez ejecutado el juicio, la nave de los gentiles puede ya continuar su travesía. El Israel rechazado ha abierto la puerta a la bendición de las naciones. Esta escena es una imagen *de los tiempos actuales*, un ejemplo anticipado de la salvación de individuos que forman parte de todos los pueblos idólatras que clamaban cada uno «a su dios», según está escrito:

«Has comprado para Dios con tu sangre, de toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Apoc. 5:9).

La inminencia del peligro les hace «clamar a Jehová», pues así es como siempre comienzan nuestras relaciones con Dios; pero la revelación de un sacrificio *del que son responsables* y que puede alejar para siempre el juicio, repugna a su corazón natural. Preferirían, con mucho, remar «para volver a tierra»; además, no pueden ignorar que, al arrojar al siervo de Jehová a las olas, se cargan con «la sangre inocente» (1:14). Son, pues, culpables, pero Dios les enseña que, a pesar de su participación en el sacrificio, este es para ellos el único medio de salvación. Fíjense ahora en el cambio moral que se produce en la tripulación: «Y temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos» (1:16).

Su primer paso en el camino de la sabiduría es temer mucho a Jehová. A continuación, adoptan ante él la actitud de adoradores al ofrecerle un sacrificio. Luego «hacen votos». Un voto es la libre entrega a Dios, para servirle sin restricciones (Deut. 23:21; Lev. 7:16). Encontramos, pues, aquí a un grupo de hombres salvados, llevados a Dios, convertidos en testigos de su gracia, adoradores y siervos consagrados a Él. En esta nave de las naciones se encuentran ahora los salvados, mientras que Jonás, en representación de Israel, es engullido por las profundidades del mar de los pueblos.

El primer capítulo de este libro nos muestra cómo la obediencia de la fe se ha convertido *hoy en día* en el destino de las naciones; el tercer capítulo dirige nuestra mirada hacia un tiempo *futuro*. Se anuncia el juicio sobre Nínive, la «gran ciudad», que, como capital, representa al conjunto de los pueblos. Se nos dice que «los hombres de Nínive creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos» (3:5). Fíjense en que se trata aquí de un *ayuno nacional*. No se podría decir que no sea real, pues se basa en *la fe* en la Palabra de Dios, pero, en el caso de los habitantes de Nínive, esa fe «dura poco» (Mat. 13:21). A pesar de ello, un arrepentimiento exterior, basado en el temor al juicio, lo aleja por un tiempo. 2 siglos más tarde, el destino de Nínive se hace definitivo y la ciudad queda totalmente destruida. Lo mismo ocurrirá cuando se establezca el reino de Cristo. Ante sus juicios, las naciones se someterán a Él y reconocerán al Dios de Israel (Sal. 18:44), pero cuando, tras 1.000 años de ese glorioso reino, Satanás sea desatado y pueda volver a seducirlas, sufrirán el juicio final.

Este arrepentimiento de Nínive nos lleva a reflexionar sobre los graves días que estamos viviendo. La mano de Dios pesa con fuerza sobre los pueblos. Parece que se

oye su voz, diciendo: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida». ¿No deberían las naciones, como tales, arrepentirse y «proclamar un ayuno»? ¿No deberían los emperadores y los reyes, grandes y pequeños, clamar a Dios con fuerza y *apartarse cada uno de su mal camino y de la violencia que hay en sus manos*? «¿Quién sabe? Quizá Dios se volverá» del ardor de su ira, y no perezcan. Dios puede arrepentirse, cambiar el rumbo de sus caminos hacia los hombres, cuando estos cambian sus propios caminos y se apartan de ellos. ¡Ojalá estas palabras, como antaño las de Jonás, encuentren eco en el corazón de los pueblos!

5 - Capítulo 4: Israel

Hemos visto que Jonás, a pesar de su fe y de su carácter de profeta, encarna en sí mismo el espíritu del pueblo al que pertenece: un espíritu de desobediencia, de independencia respecto a Jehová, de orgullo espiritual y de justicia propia, que Dios señala constantemente a través de sus profetas. No se trata aquí de la idolatría, tan a menudo condenada, pero que había abandonado a este pueblo mucho antes de que, al rechazar a Cristo, fuera dispersado entre las naciones. Pues bien, es de aquella época de la que nos habla en sentido figurado el libro de Jonás. Asistimos en él al momento en que la historia de Israel está a punto de terminar. El pueblo persiste en sus caminos de independencia y de voluntad propia, sin haberse arrepentido realmente de las «vanidades ilusorias» (2:9), que lo habían caracterizado durante tanto tiempo. La casa estaba vacía, barrida y adornada ([Mat. 12:44](#)); el estado de este pueblo, al que ya no acechaba el demonio de la idolatría, se manifestaba con especial claridad en la época de los últimos profetas y durante la vida del Señor. Era una generación incrédula y perversa, sepulcros blanqueados llenos de corrupción por dentro, una raza hipócrita, pero orgullosa de su propia justicia, altiva y que se jactaba de tener a Abraham por padre, que huía de la luz y del testimonio de Dios, hostil a la verdad y rebelde ante la gracia.

Esto es lo que ocultaban todas las apariencias de piedad, la estricta fidelidad a las formas de la Ley, formas externas a las que, por lo demás, añadían aún sus tradiciones que anulaban el mandamiento de Dios ([Marcos 7:9](#)). Los dirigentes hacían todo lo posible por conservar su dignidad, su reputación y su influencia sobre el pueblo. Pero lo que los caracterizaba sobre todo era el odio a la gracia, que les revelaba la verdad sobre su propia condición. Si estaban condenados, no había, pues, ninguna diferencia entre ellos y los demás hombres, y la gracia abría la puerta de la salva-

ción a cualquier pobre pecador de entre las naciones. Jonás, aunque era un hombre de Dios, nos ofrece más de un rasgo de este cuadro. Llegó un momento en que, al rechazar al Salvador y al Espíritu Santo, se pronunció la condena definitiva de los judíos: «Os deportaré más allá de Babilonia» (*Hec. 7:43*). Israel fue arrojado al mar de los pueblos, donde permanece hasta el día de su resurrección nacional.

Renacerá, pues, pero en el capítulo 3 entramos en el segundo período de su historia. ¿Se transformará su corazón? ¡De ninguna manera! Aunque recupere exteriormente, incluso bajo el Anticristo, las antiguas formas de su culto (*Dan. 9:27*), su estado moral se caracteriza por la irritación contra Dios. *Se irrita hasta la muerte* y considera que actúa bien (4:9). Aquí el libro guarda silencio sobre el final de su historia. Es como si este *pueblo rebelde* se hundiera en la nada. Observemos nosotros mismos este silencio solemne respecto a él.

El rechazo de Israel, en relación con la profecía de Jonás, nos lo anuncia el Señor de una manera muy llamativa. En el Evangelio según Mateo, capítulo 12, Jesús habla de Jonás como una señal de su muerte y de su resurrección. Consideraremos más adelante este tema; pero, en el capítulo 16, vuelve sobre él, y, no me cabe duda, con una intención totalmente diferente. Los fariseos y los saduceos le piden de nuevo una señal. Él les habla de las señales del cielo, el buen tiempo y la tormenta (imágenes de la gracia y del juicio), que ellos sabían discernir bien, mientras que no podían discernir «las señales de los tiempos» (v. 3). El juicio estaba a las puertas y ellos no se daban cuenta: «No se le dará, sino la de Jonás» (v. 4). Israel iba a ser arrojado definitivamente al mar, abandonado, para dar paso a los caminos de la gracia de Dios hacia las naciones. Por eso, el evangelista añade: «Y, *dejándolos, se fue*».

Pero el *verdadero Israel* resucitará y se convertirá, como veremos, en el enviado y el testigo de Jehová, para llevar al arrepentimiento a la “gran multitud de las naciones”.

6 - Capítulo 5: El Remanente

El objetivo principal del libro de Jonás se desprende, a nuestro juicio, del capítulo 2, que hemos omitido a propósito hasta ahora. Hemos visto que la figura de Jonás nos presenta las cualidades que deberían haber tenido los testigos de Jehová, luego al profeta judío como testigo; y, por último, que esa misma figura nos ilustra también la historia del pueblo que, a pesar de todo, ha sido y seguirá siendo el testigo de Dios ante las naciones. Decimos «*será*», pues si bien el pueblo, en su conjunto, fue

rechazado definitivamente cuando la paciencia de Dios llegó a su fin, de él surgirá en el futuro un «Remanente», núcleo de un pueblo futuro, cargado, como toda su raza, de «la culpa de la sangre», es decir, de la responsabilidad por la muerte del Mesías, y que sufrirá las consecuencias durante la *tribulación* del fin.

La angustia producirá en el corazón de estos fieles un arrepentimiento que les salvará. No intentarán separar su responsabilidad de la del pueblo al que pertenecen; reconocerán que su castigo es merecido, que la tormenta que «no deja de crecer» es la justa retribución por su delito y que deben ser arrancados de la tierra de los vivos, ¡por haber crucificado al Hijo de Dios! Pero, tragados por el gran pez, descubrirán, en medio de la angustia, que su Mesías pasó por las mismas angustias y que Jehová le respondió. Esta convicción dará una gran seguridad a estos fieles, por lo que clamarán a Dios con la certeza de que los oye. Sus experiencias nos las describe el capítulo 2 de nuestro profeta. La oración de Jonás contiene 2 temas: el primero, las experiencias del Remanente creyente, del verdadero Israel, en el día de la *angustia* [2] (2:3), del que él ha sido salvado; el segundo, la muerte y los sufrimientos de Cristo, que serán el tema de otro capítulo.

[2] También llamada la «angustia para Jacob» (Jer. 30:7) y «la gran tribulación», término más general. Vean, en relación con la palabra «angustia», numerosos pasajes de los Salmos y de los Profetas.

En cuanto al primer tema, suponemos que nuestros lectores están lo suficientemente familiarizados con el Antiguo Testamento como para saber que los Profetas y los Salmos nos hablan constantemente del Remanente judío creyente del fin de los tiempos y de las tribulaciones que padece. La oración de Jonás es una prueba que corrobora esta verdad. Los 8 versículos reproducen tantos pasajes de los Salmos y del profeta Isaías que citarlos todos sobrecargaría innecesariamente nuestro texto. Cada lector, provisto de una buena concordancia, puede elaborar por sí mismo la lista; por lo tanto, nos limitaremos a citar algunos pasajes esenciales.

«Entonces oró Jonás a Jehová su Dios desde el vientre del pez, y dijo: Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó» (2:2-3).

Es notable que el clamor de Jonás no aparezca aquí *hasta después* del de las naciones. Así será, en efecto. Hoy en día, la nave de las naciones, que transporta a aquellos que, por la fe, se han convertido en adoradores del Dios verdadero, continúa su travesía, y quienes la tripulan han obtenido la liberación tras haber clamado «a Jehová» (1:14). Israel, por el contrario, está sumergido en el mar de los pueblos,

pero un «Remanente» se despertará del seno del Seol; desde lo más profundo de su *angustia*, desde el seno de esa gran tribulación que pesará en primer lugar sobre los fieles del antiguo pueblo de Dios, él mismo clamará también al Dios al que ha ofendido.

Este versículo adopta la forma habitual de los Salmos. Es un *resumen* de todo el contenido de la oración y anticipa su *resultado*, mientras que los versículos siguientes describen el camino por el que se alcanzará dicho resultado. Arrojado al fondo del abismo, devorado por el monstruo que Dios ha preparado como instrumento para su salvación, el fiel ora y clama. ¡Con qué gozo comprueba que la respuesta ha llegado! El [Salmo 120](#), que sirve de prefacio a la pequeña colección de los Cánticos de los Grados, habla exactamente en los mismos términos. En este salmo se trata del Remanente expulsado de nuevo de su país por la persecución, tras haber regresado a él en compañía de la nación incrédula: Es el día de *la angustia de Jacob* (vean [Apoc. 12:13-16](#)). Entonces dice: «A Jehová clamé estando en angustia, y él me respondió» ([Sal. 120:1](#)). Jehová lo libra de todas sus angustias, como se dice tan a menudo en el [Salmo 107](#), que, a su vez, sirve de prefacio al quinto libro de los Salmos, donde se encuentran los Cánticos graduales. «Me respondió»: este es el resumen de todas las experiencias de los fieles: una liberación plena. Lo mismo ocurre en el [Salmo 130](#): «De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo». Este Salmo nos describe los solemnes ejercicios de conciencia del Remanente y los resultados, eternamente benditos, de su liberación (vean también los [Salmos 18:6; 86:7](#)).

«Desde el seno del Seol clamé; y mi voz oíste» (2:3).

Tras el resumen del que acabamos de hablar, la oración de Jonás retoma el hilo de las experiencias que provocaron esta *respuesta* de Jehová. En primer lugar, el fiel clama desde lo más profundo del Seol y Dios *le escucha*. La respuesta aún no ha llegado, pero él tiene la consoladora certeza de que la oración de la fe ha llegado a los oídos de Jehová. La oración de Ezequías ([Is. 38:10](#)) tiene muchos rasgos en común con la de Jonás, solo que la angustia es menor: Ezequías *desciende* al Seol, Jonás *está* allí, y David, en el [Salmo 30:3](#), vuelve *a subir* (vean también [Salmo 18:4-5](#)).

«Me echaste a lo profundo, en medio de los mares, y me rodeó la corriente; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí» (2:4).

Encontramos exactamente la misma expresión en el [Salmo 42:7](#). Cualquier lector que esté un poco familiarizado con la profecía sabe que el segundo libro de los Salmos ([Salmos 42 - 72](#)) describe los sentimientos y las experiencias del Remanente de Judá, expulsado entre las naciones durante la gran tribulación. Pues bien, son

precisamente estas experiencias las que nos presenta la oración de Jonás [3].

[3] Vean: La historia profética de los últimos días y los Cánticos de las Escalas, de H. R., p. 11.

«Entonces dije: Desechado soy de delante de tus ojos; mas aún veré tu santo templo» (2:5).

Aquí encontramos la oración de Ezequías (Is. 38:10-11); los numerosos pasajes del segundo libro de los Salmos (43:2; 44:9; 60:1, 10), y otros pasajes más (Sal. 74:1; 77:7; 31:22; Lam. 5:22). La conciencia de estar rechazado no destruye la seguridad de la fe en el pobre Remanente que se encuentra en la angustia. Expulsado de Jerusalén, no deja de mirar hacia el templo, como Daniel hacia Jerusalén (Dan. 6:10; vean también Sal. 42:4; 43:3-4; 18:6; Hab. 2:20). Los santos de hoy, que pueden aplicar este pasaje cuando se encuentran en la aflicción, saben que ese templo es para ellos *la casa del Padre*, en los cielos.

«Las aguas me rodearon hasta el alma, me rodeó el abismo; el alga se enredó a mi cabeza» (2:6).

El alma, en su *angustia*, experimenta lo que es el juicio de Dios a causa del pecado. En el segundo libro de los Salmos, del que ya hemos hablado, esta terrible situación se describe con trazos imborrables: «Un abismo llama a otro a la voz de tus cascadas; todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí» (Sal. 42:7). El Salmo 69 describe la magnitud de esta angustia. Sumergirse en el fango profundo del pecado tiene como consecuencia el juicio: la profundidad de las aguas que engullen y la corriente que sumerge, al tiempo que se abre un abismo sin fondo (Sal. 69:2, 15). Veremos más adelante que el fiel se encuentra con Cristo en el abismo, ese Jesús que descendió allí por él. Nosotros también, los cristianos, hemos tenido la misma experiencia, pero sin vernos obligados, como el Remanente, a conocer el abismo, salvo en nuestra conciencia.

«Descendí a los cimientos de los montes; la tierra echó sus cerrojos sobre mí para siempre; mas tú sacaste mi vida de la sepultura, oh Jehová Dios mío» (2:7).

La angustia llega a sus últimos límites; el afligido no puede descender más abajo. Es la muerte en todo su horror. Las puertas que cierran el acceso a la tierra de los vivos están cerradas para siempre. Estas mismas experiencias se encuentran en el cántico de Ezequías (Is. 38:10-11), y también la misma respuesta de Dios: «Mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis

pecados». «Jehová me salvará» (v. 17, 20).

Es por la resurrección de Cristo que todos nuestros pecados quedan abandonados en el abismo, donde nunca más serán encontrados.

«Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo» (2:8).

En el momento de la angustia suprema y de la agonía, el fiel se acuerda de Jehová, y su oración no solo es *escuchada*, sino que *es recibida* en el lugar donde habita Dios.

«Los que siguen vanidades ilusorias, su misericordia abandonan» (2:9).

Aquí se pronuncia la reprobación contra el pueblo apóstata, invadido de nuevo por el demonio de la idolatría ([Mat. 12:43-45](#)) y que abandona, por vanidades engañosas, la gracia que se le ha puesto delante. Es mejor estar sumido en la angustia con esperanza que compartir el destino de aquellos que tienen al Anticristo por señor. En el [Salmo 31](#) vemos la diferencia entre aquellos que «esperan en vanidades ilusorias» (v. 6) y aquel que confía en Jehová y cuya gracia es su único recurso.

«Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí. La salvación es de Jehová» (2:10).

Aquí, el fiel del Remanente llega al culto que las naciones habían adoptado en tiempos de su infidelidad. Este culto lo rinden ahora los cristianos; solo que, en el futuro profético, las naciones ofrecerán sacrificios bajo el reinado del Mesías a Jehová, el Dios de Israel, y subirán a Jerusalén para adorarlo, junto con su pueblo ([Sal. 116:14-15](#); [22:25](#)). Habrá entonces, tanto para Israel como para las naciones (1:16), «votos», el servicio a Jehová, libre y sin restricciones, de un “pueblo de libre voluntad” ([Sal. 56:12](#); [61:8](#); [66:13](#); [76:11](#); [Lev. 8:16](#); [Deut. 23:21](#)).

La última palabra de esta oración profética es: «La salvación es de Jehová». Ya está aquí; solo Él la ha obrado; es únicamente fruto de su gracia ([Is. 38:20](#); [52:10](#)). Israel descubrirá en los últimos días esta gran verdad que hoy es motivo de gozo y seguridad para todos los creyentes, y en la que se fundamenta para siempre su confianza. ¿Cómo se producirá esta liberación? Eso es lo que veremos en el próximo capítulo.

7 - Capítulo 6: Cristo

La figura de Jonás representa a Cristo bajo 2 aspectos diferentes, de los cuales el primero *–la muerte y la resurrección de Cristo para cumplir la obra de la Redención–* lo encontramos en los Evangelios de Mateo y Lucas.

En [Mateo 12](#), los escribas y los fariseos, que acababan de acusar al Señor de expulsar «a los demonios... por Beelzebul, príncipe de los demonios» (v. 24), le piden «una señal de su parte» (v. 38), ¡un milagro que pudiera acreditarlo ante sus ojos! ¡Preguntarle a Jesús qué lo acreditaba, cuando toda su vida y los milagros de bondad que realizaba a cada paso proclamaban que era Emmanuel, Dios con nosotros! ¿Podría esta generación malvada y adúltera seguir siendo convencida por una señal? Por eso, el Señor les responde: «No le será dada señal, sino la señal de Jonás el profeta. Porque como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra» (v. 39-40). ¡Maravilloso tipo, dado en la persona de Jonás, de los sufrimientos de Cristo, casi 900 años antes de su venida! En efecto, sus sufrimientos y su muerte son el tema principal de la profecía.

Pero la estancia de Cristo en el sepulcro era también la señal de que ya era demasiado tarde para el pueblo; de que ya no había posibilidad alguna de que recibiera al Profeta, al Enviado, al Hijo del hombre, al Hijo de Dios, como su Rey. A partir de ese momento, todas las antiguas relaciones de Dios con su pueblo quedaron interrumpidas y, para reanudarse, solo podrían basarse en su rechazo, y en absoluto en su presentación ante su pueblo como Mesías y como Rey. Cristo vino a ocupar, con amor, el lugar de Israel, rechazado por su desobediencia, para que este último, en virtud de la expiación hecha, pudiera recuperar su lugar en el Reino. Para nosotros, los cristianos, ocupó ese lugar por nosotros, como pecadores, bajo el juicio, para que se nos abrieran los cielos.

A estas palabras, Jesús añade (v. 41): «Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y hay más que Jonás en este lugar». Las naciones, tan despreciadas por los judíos, eran mucho menos culpables que este pueblo. Nínive se había arrepentido sin ninguna señal, y por la simple predicación de un profeta del juicio; ¿se había arrepentido Jerusalén ante la predicación de uno más grande que Jonás, que no solo era el Profeta de la gracia, obediente a la voluntad de Dios, sino el Hijo de Dios? Por eso, esos hombres de las naciones serán, en el día del juicio, los testigos contundentes de la justa condena de Israel, que rechazó a Dios en la persona de

Cristo, venido en gracia.

En [Lucas 11:29-32](#), la enseñanza es algo diferente. Tras decir, en el versículo 29, que a esta generación malvada no se le daría otra señal que la de Jonás, Jesús añade: «Porque como Jonás fue señal para los ninivitas, así será también el Hijo del hombre para esta generación» (v. 30). Asimila a esta generación judía culpable a los ninivitas, a un pueblo pagano.

Jonás, muerto y resucitado en sentido figurado, no solo fue un predicador, sino también una *señal* para los ninivitas, señal que le daba credibilidad ante ellos. De hecho, en este pasaje no se trata de la predicación, sino de la *persona* de Jonás. Un Cristo muerto y resucitado, recibido ahora entre las naciones como Salvador, y del que Jonás es el tipo, condena desde entonces a Israel. Este pueblo era culpable de su muerte y, al resucitarlo, Dios manifestaba su plena satisfacción por la obra de su Amado, a quien Israel no había querido, lo que lo condenaba sin remisión. El Señor añade: «Los ninivitas se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás; y mirad, hay algo más que Jonás aquí» (v. 32). De hecho, los ninivitas se habían arrepentido *sin necesidad de una señal*, mientras que los judíos pedían una. La *predicación* de Jonás los había llevado al arrepentimiento; su palabra había producido ese resultado. ¿Qué habían hecho esos judíos con la predicación de Cristo? Y, sin embargo, ¿qué diferencia entre estos 2 testimonios! Jonás venía a anunciar el *juicio* y la destrucción de Nínive; Cristo venía a anunciar la *gracia* a su pueblo culpable. ¿Cuál era, pues, el endurecimiento de Israel para haber rechazado un mensaje semejante?

Tal es el tipo de Jonás en el Nuevo Testamento: Jonás rechazado, Jonás pasando 3 días y 3 noches en las entrañas del pez, Jonás resucitado: ese es Cristo y, como tal, se presenta hoy *para la salvación* de todos los hombres.

El libro de Jonás nos muestra, por lo demás, más que ningún otro, que la profecía no puede interpretarse a través del cumplimiento de acontecimientos históricos –uno de los numerosos errores de la teología moderna–, sino que Cristo es su fin y la única solución.

En este libro se nos presenta a Cristo bajo un segundo aspecto. Jonás es en él un tipo de Cristo, ya que él mismo sufre la *ira de Dios en su gobierno* y es liberado de ella, para que los fieles del fin (el Remanente de Israel), al atravesar la gran tribulación, encuentren en ello el ánimo y el consuelo que necesitarán para soportarla ellos mismos. Esta importante verdad se resume en un pasaje de Isaías: «Fue su Salvador. En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó» (Is. 63:8-

9). Así, el Remanente de Judá, culpable de haber rechazado al Mesías, al pasar, en virtud de ese pecado, por el horno y la aflicción, y al verse a sí mismo rechazado, según [Mateo 16:4](#), descubrirá, cuando se vea sumergido en las aguas profundas, que otro, su Salvador y su Redentor, ya había estado allí antes que él y por él, y había sido liberado de ellas. ¡Qué seguridad le dará a su alma tal descubrimiento!

De hecho, en la escena de Getsemaní, pudo decir: «No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia... Y mi bebida mezclo con lágrimas, a causa de tu enojo y de tu ira; pues me alzaste, y me has arrojado» ([Sal. 102:2, 9-10](#)). Él mismo dijo también: «Las aguas han entrado hasta mi alma» ([Sal. 69:1](#)). Él mismo, en los días de su vida terrenal, ofreció «oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía liberarle de la muerte», y fue escuchado por su piedad ([Hebr. 5:7](#)). En estos pasajes, y en muchos otros, vemos a Cristo en Getsemaní, atravesando el día de la «angustia» ([Sal. 102:2](#)) y las aflicciones del juicio merecido por su pueblo; compadeciéndose de él, experimentando en su alma lo que es la ira de Dios contra el Israel culpable. Al considerar esto, los fieles del Remanente del fin se sentirán animados en su piedad, en su confianza en Dios, en la certeza de su liberación final, y podrán decir: «¿Hasta cuándo?», seguros de que un día serán escuchados. Llegarán a conocer a Cristo en lo más profundo de las aguas y compartiendo su angustia, pero sabrán que Él salió resucitado del gran abismo, para que ellos recuperen la bendición en «la tierra de los vivos».

Esta liberación que nosotros, los cristianos, poseemos hoy, nos ha abierto el cielo; la de Israel, en los últimos días, le abrirá la tierra renovada bajo el reinado del Rey de paz, de modo que ese pueblo podrá decir, con la misma certeza que nosotros hoy: «¡La liberación viene de Jehová!»

8 - Capítulo 7: Dios

Dios se manifiesta en el libro de Jonás bajo 2 aspectos. Si bien envía la tormenta como juicio sobre su profeta infiel y sobre las naciones, tiene un propósito de gracia para con estas últimas. Hasta entonces, eran completamente indiferentes y desconocían al Dios verdadero, pero Él lleva a los marineros hasta las puertas de la tumba para que clamen a Jehová (1:14; [Sal. 107:23-32](#)). Entonces se revela ante ellos como el *Dios Salvador* que sacrifica a su profeta en favor de ellos. *Es necesario* que el siervo de Dios sea entregado a la muerte para que las almas, ajenas a Dios, aprendan a conocerlo y sean llevadas a servirlo. Pero Dios es también un *Dios Salvador para su*

pueblo. No puede soportar la desobediencia y debe castigar las transgresiones, pues no puede renunciar a su justicia y a su santidad; pero el vientre del pez que se traga a Jonás esconde, por así decirlo, a otro Jonás, obediente y fiel, que sufre sin motivo, pero que resucita, para que, para Israel, «la salvación es de Jehová».

El segundo atributo de Dios, revelado en este libro, es: «Un [solo] Dios y Padre de todos, que [es] sobre todos, y a través de todos» (Efe. 4:6). Es el Dios Creador y sustentador de todos los hombres y de toda la creación animal. Dirige a su antojo los elementos, los vientos y el mar; prepara un gran pez, una calabacera un gusano, un viento del este, para cumplir sus designios. Su Providencia vela por todo; su bondad universal está en todas partes. A este «Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra» (1:9), las naciones lo adorarán al final, cuando reconozcan al «Padre de todos» en el Dios que, «sin acepción de personas juzga según la obra de cada cual» (1 Pe. 1:17). El amor de Dios hacia todas sus criaturas es universal, y los hombres de hoy están dispuestos a reconocerlo, siempre y cuando eso no les obligue a arrepentirse. No fue así en el caso de Nínive: cuando aquellas personas de las naciones se enteraron de que el Dios de la paciencia y la mansedumbre iba a juzgarlas porque le habían ofendido, se vieron impulsadas al arrepentimiento. Dios no se reveló a Nínive como Jehová, el Dios de Israel, sino como *Dios*, Elohím, el Creador (3:5, 8-10). Esta ciudad, cuya maldad había llegado hasta Dios y que se postraba ante sus ídolos, se arrepintió. Se proclamó el ayuno, y no fue el Dios Salvador, sino el *Dios Creador* quien lo tuvo en cuenta y perdonó a Nínive por un tiempo.

La conversión de las naciones, en los últimos días, mediante el Evangelio eterno, no tendrá un carácter diferente. El ángel que lo anunciará dirá en voz alta: «Temed a Dios y dadle gloria; pues ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de las aguas» (Apoc. 14:7). Las naciones se arrepentirán y serán perdonadas durante 1.000 años, como lo fue Nínive durante 2 siglos.

Esta verdad elemental, el amor universal de Dios, la providencia del «Padre de todos», era algo que Jonás tenía que aprender. Conocía a Jehová, el Dios de Israel, como un Dios misericordioso bajo la Ley; lo conocía como un Dios Salvador que lo había liberado, pero su orgullo de judío no podía admitir que el corazón de Dios estuviera igualmente abierto a todas sus criaturas. Su egoísmo le llevaba a pensar que los cuidados de Dios debían centrarse exclusivamente en su propia persona. Que Jonás se salvara, muy bien; que la gran ciudad fuera destruida, ¡eso era necesario para salvaguardar el honor del profeta! ¿No es cierto que nuestro amor propio nos lleva a menudo a ignorar las verdades más elementales sobre el carácter de Dios?

Por eso, la última lección de este libro está destinada al profeta. La Providencia de Dios prepara una calabacera para dar sombra a la cabeza de Jonás y liberarlo «de su malestar». Él, lleno de gozo, confía en la protección que le ofrece una planta, una criatura insignificante de Dios, en lugar de mirar a Aquel que la ha preparado.

Dios entrega la planta como alimento a un gusano que Él mismo ha preparado. Así, todo se encadena en los designios de la Providencia. El Creador piensa en todo: en una planta, en un gusano, en un Jonás (¡qué humillación para el profeta!), en una gran ciudad con toda su población y su rey, en los niños pequeños incapaces de distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda, en el numeroso ganado que llena los establos. “¿Dónde está, pues, tu corazón –le dice a Jonás el Padre de todos–, en comparación con el mío?”. Tu egoísmo te ciega respecto a lo que soy y te irritas. ¿Haces bien en irritarte? ¿Y yo me he irritado contra ti? El corazón de Jonás está juzgado, o al menos se le acusa de egoísmo y orgullo. El justo Job tuvo que pasar por una experiencia similar, pero de la que la Palabra nos da a conocer los resultados. Cuando se encontró cara a cara con el Dios creador, el Padre de todos, dijo: «Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42:6). Jonás, ¡por desgracia!, se encontró con Él y dijo: «Mucho me enoja, hasta la muerte». ¡Tal es aquí la última palabra del profeta de Israel! Los marineros navegan felices y llenos de gozo por el mar en calma; Nínive, arrepentida, disfruta de su liberación; la mirada del Padre de todos busca a las más ignorantes de sus criaturas para bendecirlas; solo uno permanece al margen, él, el depositario de los secretos de Dios, sombrío e irritado, porque, absorto en sí mismo, ignora el corazón de su Dios.

Pero, como ya hemos dicho, esta benevolencia universal del Padre de todos nunca es indiferencia ante el mal. Ese mismo Padre «juzga según las obras de cada cual». Juzga a quienes se aventuran en el mar, confiando en la protección de sus falsos dioses; juzga a sus testigos que, con espíritu de desobediencia, se alejan de Él; juzga a una nación llena de “malos caminos y de violencia”; no perdona a nadie con el fin de salvar a todos esos hombres, y cuando la voluntad del hombre –más obstinada en un santo que en el pecador más miserable– persiste en oponerse a él y contradecirlo, él, el Padre de todos, no se irrita, sino que hace gala de paciencia, una paciencia de la que no vemos ni el resultado ni el final en esta historia.

Así, en este libro –tan singular entre los escritos proféticos– hemos repasado toda la historia del hombre, desde el principio hasta el final: la historia de la criatura caída, pero dotada de una vida nueva; la del rechazo de Israel; la de la gracia concedida a las naciones; la de un «Remanente» preservado en la angustia; la de las naciones del fin que reciben el Evangelio del Reino; y, coronando todo este conjunto, Cristo,

sí mismo entregándose y resucitado de entre los muertos, el Dios Creador en quien esperarán las naciones, y el Dios Salvador de quien se nos dice: «Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra» ([Is. 49:6](#)).